

Notas sobre el lenguaje toponímico: algunos topónimos de Aller.

"El hombre del fin de la historia espera el acontecimiento, la nueva manifestación del ser que, necesariamente, deberá producirse a través del vehículo que más contribuyó a su ocultamiento: el lenguaje."

Francisco León
Signos del ahora.

Sobre las palabras del suelo.

En esta aparente maraña de topónimos que recubren palmo a palmo los pueblos y montes alleranos, no hay confusión. A todo más, en esa lectura silenciosa que hace el caminante sobre el sigiloso lenguaje del suelo, podrá haber nombres más raros, que no podamos descifrar por el momento. Pero el lenguaje toponímico de estos valles, como en cualquier otra lengua regional, tiene un sentido que se borra mal del suelo, por mucho que se hayan desgastado las palabras y los montes con el paso del tiempo y de los hombres alleranos.

Por otro lado, el estudio de las palabras y de las voces toponímicas viene a ser un documento más para el conocimiento del entorno humano, en esa parte del pasado que sobrevive al presente. Por esto, desde hace tiempo, y desde el sistema de cada lengua, se estudia este aspecto del lenguaje, entre el uso de la zona y la cultura regional. El lenguaje del suelo es objeto de estudios lingüísticos que se remontan al mismo origen de las palabras, antes de dispersarse en el mosaico de las lenguas indoeuropeas (Francisco Villar, 1971; Martín Sevilla, 1980; Émile Benveniste, 1983; Colin Renfrew, 1987). Las divergencias vendrían después.

No obstante, y precisamente por ser parte del lenguaje y del entorno, también los nombres sienten (o sufren, según los casos) el rigor de la otra cultura sobre este medio natural allerano. Y así, como más abajo se verá, algunos topónimos quedan también mermados en este entorno: pierden sus referentes naturales, se vacían de sentido, quedan sepultados entre montones de tierra, colgados débilmente en la memoria de los mayores, o raídos entre las páginas de algún testamento elaborado con mano temblorosa, ya al final de la andadura. Simplemente, también algunos nombres se van quedando solos.

El documento verbal: la toponimia de Aller

Pero el lenguaje del suelo es lenguaje señero. A modo de ejemplo, recordemos el nombre de Rubayer, pueblo y paraje más allá de las Foces, entre Casomera y el puerto de Vegarada. El topónimo, tal vez para muchos no-alleranos castellanizado en Río Aller, es un ejemplo evidente de la función documental que la fonética toponímica puede ofrecer cuando surgen las dudas y se buscan las pruebas.

Efectivamente, la articulación firme de los alleranos en los citados pueblos más altos (Casomera, Conforcos, Felechosa...), que siempre hacen /Rubayer/, con /y/ y no /ll/ por tanto, despeja las dudas a cerca de la articulación del homónimo con que se designa el concejo de Aller entero. Según el dato de Rubayer, será el concejo de Ayer, y no de Aller, por muy generalizado que se encuentre hoy en castellano.

Otra cuestión sería el sentido del río y del entorno allerano en el sistema ecológico de tiempos más remotos. A juzgar por nombres parejos de la misma raíz en otros lugares y lenguas, todo parece indicar que el nombre fluye del río. Sin alargarse ahora en el mosaico de las etimologías, resumimos con los estudiosos del tema que pudiera tratarse de la raíz prerromana /*al-/ 'blanco, brillante' (Agud Querol, 1952; J. M. González, 1959; Dauzat,1963), que desde las culturas indoeuropeas dejó otros derivados léxicos y toponímicos con el mismo sentido originario o próximo (Fouché, 1945; Fratila, 1948; Griera, 1950; Hubschmid, 1960; Martín Sevilla, 1980).

Se trataría, en fin, del adjetivo 'blanco, brillante' aplicado a las aguas del río, sin duda un poco más cristalinas en el sistema ecológico allerano unos cuantos milenios atrás. Serían aguas como las que hoy se contemplan todavía de Felechosa hacia Cuevas, camino del puerto: claras, limpias, transparentes, sonoras. El adjetivo se avendría bien a las aguas del río.

De esta forma, el lenguaje toponímico supone una parte de la identidad allerana. Las voces del suelo suponen esas anillas en serie, bien enlazadas en la cadena de los entornos y culturas que se van sucediendo en el tiempo. Pasado y presente se cruzan en el topónimo, especialmente cuando esas voces se siguen usando en la lengua común. Si hoy sobreviven cabanas y cabanietsas en las brañas de los puertos de verano alleranos, no resultará demasiado complejo reconstruir la situación de la vivienda primitiva en los mismos valles, incluso milenios atrás. Pueblos como Cabañaquinta, Cabanietses, El Cananón, siguen recordando aquellas rústicas casas, hoy de arquitectura bien transformada.

Más aún, esas cabanas, hoy sólo cuadro costumbrista de los mayaos más altos, fueron vivienda común en las mismas costas junto al mar: a pocos kilómetros

de Ribadeo, ya en tierras gallegas, junto a Foz, está el pueblo de Cabanas, en la misma orilla de la playa, diseminando sus casas hacia el interior. Y en Padrón, a pocos kilómetros de Santiago, en la depresión que inunda en los hinchentes el río Ulla, en una vaguada por debajo del nivel de las aguas de las mismas Rías Baixas, otra serie de casas rurales reciben también el nombre de Cabanas. Las cabanas no estaban sólo en los altos.

La distribución de topónimos de este tipo se da en toda la escala de alturas entre la ribera del mar y los últimos mayaos; cuelgan también de las peñas a más de los dos mil metros de altura, entre las rocas a duras penas habitables todavía. Así se van escalonando este abundante campo toponímico: Cabana, Cabanas, Cabanela..., en toda Galicia; Cabañas de Sayago, en Zamora; Cabañas de Yepes, en Toledo; La Cabañuela, en Jaén; Cabanes, en Castellón; Cabanyes, Les Cabanyes, Las Cabanyas, El Cabanyal..., en la región catalana; Cabañares, Cabañuelas, El Cabañazo, La Cabañita... en toda La Rioja; Cabañes, en Santander; Cabanillas, en Navarra, Madrid, Guadalajara, León, Segovia...

Ya en la toponimia francesa, Dauzat (1963) recoge formas semejantes del tipo Cabane, Cabannes, Les Cabannes, La Cabanasse, Lascabanes, Chabanne, Chavanatte, Chavagnes, Chavaignes..., con las evidentes adaptaciones fónicas, mórficas y gráficas del sistema lingüístico francés (como se puede observar, tampoco en este punto demasiado alejado del asturiano de aller: no hay tanto de Cabana a Cabane, ni de Cabanas a Cabanes, o Les Cabannes).

En fin, y sin ir más lejos, esa voz antigua cabana pudiera tener raíces que producen desacuerdo: cappa celta, ilirio, cappa lat. (Corominas, 1980) o cavea 'cueva' (Segura Munguía, 1985). Pero la voz toponímica tiene un sentido hoy coincidente en los puntos más dispares: 'choza, vivienda rústica, cabaña'. Y con ese sentido pasó a designar numerosos puntos en el sistema ecológico primitivo asturiano, hoy documentado en toda la región, con la nota semántica de los variados morfemas con que se precisa afectivamente la vivienda: El Cabañín, La Cabañina, La Cabañona, El Cabañucu, El Cabanín, El Cabanón...

Como siempre, la vivienda es muy preciada, y la morfología toponímica no deja de recoger los matices de aquellos primeros asturianos que las fueron levantando entre los morrillos de las corras, los palos de los acebos, los tapinos de sus techumbres y el arrú que nunca falta junto a la entrada.

Toponimia de origen vegetal

En otros casos, la toponimia allerana resulta igualmente señera a la hora de enlazar con el lenguaje del tiempo entre los tiempos. Es el caso de lugares como Piñeres, El Pino, La Pola'l Pino, Foces del Pino... Hoy se han perdido las

referencias externas, y algunos lenenses o alleranos se extrañan de que pudiera algún día haber pinos y piñas en lugares como Piñeres, Piñera, en Carraluz, o El Puerto Pinos, de La Cuvilla hacia tierras leonesas, donde ya no se alzan espigados sobre los lugares que designan.

En cambio, el recuerdo de los mayores, o el recurso al lenguaje toponímico de otras zonas y regiones confirma los datos verbales del suelo. Y el caso allerano tiene aún valor doblado, por el testimonio paisajístico que ofrecen esos pinos exiliados, pero autóctonos, ante la presencia relativamente reciente del carbón (basta contemplar todavía esos pinos asilvestrados desde la otra ladera del valle o de la cima).

Y es que la industria del pino y las piñas fue negocio floreciente (y ecológico, sin duda) hasta la llegada de los penúltimos combustibles. De hecho, en algunos pueblos gallegos en torno a Mondoñedo, todavía en los años ochenta se contemplaban las pequeñas industrias familiares en el trabajo de las piñas.

Nos contaba, no sin nostalgia, un campesino de unos sesenta años, el largo y floreciente proceso de las piñas. En estos pueblos gallegos, hasta hace unos cincuenta años, toda la familia salía a los pinares a recoger en sazón las piñas, como una faena más del campo. Esas piñas se iban clasificando de acuerdo con su destino en la ciudad: encender el fuego del lar (con resina); mantenerlo, una vez encendido (sin resina); extraer semillas para nuevas plantaciones en viveiros (las piñas mejores); incluso, algunas de estas semillas, para comer (aunque no tenían muy buen sabor, quitaban la fame).

Ahí comenzaban algunas ganacias, entonces importantes: las piñas clasificadas se metían en sacos, y a lomo de animales, o en carros los más pudientes, eran transportadas hasta ciudades como Lugo o La Coruña, para ser vendidas como único combustible hasta la llegada del butano o del carbón. Más tarde, el transporte fue en camiones, y, finalmente, el gas, la electricidad, o la vitrocerámica, dejaron la rudimentaria industria reducida a estas raras escenas costumbristas sólo perceptibles en raras y oportunas ocasiones ya.

Los asturianos Piñera, La Piñera, Piñeres, Las Piñeras, Les Piñeres, Los Piñares, Piñeira, Piñeiro, El Pino..., El Pinal, El Pino..., y formas semejantes, debieron incluso correr peor suerte, ante la presión y la comodidad novedosa del carbón de estas zonas. A ello se hubo de sumar la llegada del ferrocarril y la carretera de Payares, que comercializaron fácilmente los derivados del petróleo. De ahí, el paradójico olvido fulminante en toda esta pequeña cultura y cultivo de pinos, piñas y pinales.

No obstante, como se acaba de señalar, tampoco en estos pueblos alleranos se borra del todo las costumbres de los antiguos pinos. En la citada zona de La Pola'l Pino, Foces del Pino, o Piñeres, quedan restos de pinos autóctonos: unos, muy viejos, aislados, esporádicos, no plantados o replantados en tiempos modernos; otros, más pequeños, en lugares escarpados o muy pobres, torcidos, bastardeados, que indican una ininterrumpida continuidad semisalvaje de los unos, donde se van haciendo viejos los otros; finalmente, queda la muy arraigada costumbre de los alleranos de estos pueblos de plantar un pino ante la misma casa, sin otra finalidad de lucro que la pura estética y la llama asturiana del entorno pasado.

Paralelamente, en el vecino Piñera, sobre el Güerna, ya en el concejo lenense (entre chinizos, que algunos dicen allí), se refuerzan los datos: algunas personas ya mayores de Piñera y Carraluz recuerdan que, por Pascua, los ramos no se hacían de laurel y romero, como en el resto de las iglesias lenenses, sino de pino; y cuando los pinos fueron desapareciendo del entorno de Piñera, los más jóvenes entonces iban a buscarlos a los pueblos o montes del entorno, hasta que fue desapareciendo en todas partes, y los ramos tuvieron que ser de laurel y romero como los demás. Quedan los nombres, pero también El Pinal, unos cordales más allá, en la vaguada del Payares.

Con todo, por aquello de las siempre intrigantes y al acecho homonimias toponímicas, podríamos reparar en una nota de discordia. Román del Cerro (1990), estudiando el léxico geográfico de la lengua ibérica, ofrece otra explicación para topónimos como Pinos en algunas zonas peninsulares. Según este autor, el caserío y el altozano de Pinos, lo mismo que el cercano montículo Pinar, en la sierra alicantina de Bèrnia tienen motivación geográfica (oronímica) y no vegetal (fitonímica).

Para Román del Cerro, topónimos como el citado caserío del alicantino Pinos, tienen un origen que "se asocia al relieve de la colina, siempre que provenga del ibérico, es decir, se encuentre en una serie claramente ibérica; y más aún, tratándose de colinas en donde no ha crecido la vegetación, por ser pura roca". Así, describe los citados lugares de Pinos y Pinar, lo mismo que otros también alicantinos como Pi, Pinsi, Pinós o Pi(n)oco, como tierras plagadas de pequeñas y numerosas colinas en las estribaciones de la sierra de Bèrnia

Contrastando, en consecuencia, las referencias toponímicas asturianas y alicantinas para los posibles Pinos y Pinares, los riscos de la intriga no parecen escollo mayor entre la maraña: los citados lugares lenenses y alleranos, más o menos propicios y probados suelos para el pino, las piñas y el pinar, documentan todavía hoy en el entorno y en la memoria de los mayores suficientes datos evitan el obligado recurso a la voz ibérica para estos casos concretos.

En fin, el entorno allerano, entre sus montes y pueblos más altos sobre todo (Santibanes, Nembra, Casomera, Felechosa, Cuevas, Rubayer...), mantiene todavía hoy esa identidad toponímica que caracteriza la mayoría de los concejos de montaña. Nombres del suelo tan arraigados como Urdiales, Misiegos, La Viña, La Viñeta, Tsinares, El Batán, Xistroso, Bildeo, Xagual, Grameo..., o Sierra Betsosa, Las Robequeiras de Cuandía, La Faisanera, La Cotsá los Gatsos..., suponen hoy una forma especial del lenguaje asturiano: describir lo estático natural frente al fluir mecánico, en esa otra cultura de más sofisticado artificio en el orden de las cosas.

Estos y otros nombres (todavía legibles) en suelo allerano suponen, una vez más, esas ya raras formas de arqueología verbal, todavía para contarlos en este caso. Esos topónimos son la referencia estática del montañero, del ecologista, del asturiano sin más, para medir en el tiempo el cambio entre los cambios, la distancia de las culturas a distancia, el proceso circular del continuo devenir entre lo nuevo y lo viejo: lo que acaba de llegar y lo que ya no es novedad, pero que lo pudiera ser una vez más (incluso milenios después).

Por citar unos ejemplos en este campo de plantas, merecen siquiera una reseña las viñas alleranas: otro de los nombres que más extraña al campesino de estas zonas, cuando un extraño interpreta topónimos como La Viña (serie de praos en Urbiés -Alonso Megido, 1991-), La Viñeta..., y lugares semejantes, hoy sin restos relevantes de viña alguna sobre el suelo.

Topónimos de este tipo siguen documentando, ya sólo en lo verbal, aquellas viñas asturianas, por pequeñas que fueran. La única prueba puede estar en esas pequeñas y ocasionales parras aisladas (racimales) que todavía quedan en torno a las casas y las güertas de los poblados. Estas parras producían (y siguen produciendo, aunque apenas se coman ya) unas uvas blancas más o menos agrias, no muy buenas para el vino, pero uvas al fin. Algunos mayores recuerdan, no obstante, que también había unas uvas negras, más dulces y de mejor gusto, codiciado manjar a falta de otro mejor.

El último reducto hoy de las viñas asturianas de ayer puede estar simbolizado en el vino de Cangas del Narcea: un vino de una uva negra, grueso y fuerte, pero también vino en definitiva y a falta de otro más dulce. No es el caso de añadir ahora los abundantes topónimos de este campo diseminados por toda Asturias, lo mismo que en otras lenguas y regiones. Baste recordar que ya en época medieval aparecen referencias constante al vino y las viñas en los grandes señoríos eclesiásticos y laicos, monasterios mayores y familiares y heredades menores (Uría Maqua, 1990). De ahí, el lenguaje toponímico asturiano correspondiente: La Viña, La Viñuga, La Viñuela, La Vincietsa, A Viñola, As Viñes..., según las zonas.

No obstante, estos suelos montañosos, casi siempre húmedos y fríos, no ofrecerían un vino ni demasiado abundante, ni de buen paladar. Precisamente por ello, abundó la sidra. Conocida es la noticia del geógrafo Estrabón, respecto a la dieta de los astures de hace dos mil años: "Beben zýthos [cerveza], y el vino, que escasea, cuando lo obtienen se consume enseguida en los grandes festines familiares" (García Bellido, 1986). Pero, si escaseaba, es que el vino y las viñas ya existían, por lo menos, ante de los romanos.

Algunas voces de origen animal

Y no podríamos terminar esta breve andadura toponímica por los pueblos de Aller, sin un escueto bosquejo de nombres que recuerden el animado bosque de los montes más altos: un bosque bastante más animado ayer que hoy, bien poblado de animales mayores y más pequeños, hoy reducidos también sólo a nombres (Concepción Suárez, 1990).

En estos montes más altos, fayeos sobre todo, o entre fayotal y fayotal, quedan nombres tan ecológicos como La Faisanera, El Gatso, La Cotsá los Gatsos, Cutsá'l Guetsu, El Preu Gatsón, El Gatsiniru... Todos ellos lugares boscosos, monte o camperas más apacibles frecuentadas por el urogallo y el faisán (o, tal vez, por uno de los dos en confusión con el otro, según los usos verbales asturianos de la zona). Incluso, en algún caso, puede tratarse del macho perdiz y el pollo perdigón ya mayorín, como en el caso de la gatsina: la perdiz, en muchos pueblos.

En el caso de La Faisanera, la referencia verbal es clara: el faisán. Ahora bien, la variedad regional asturiana más generalizada es el urogallo, por lo que también pudiera tratarse de nombres distintos (con referentes distintos, claro está), pero confundidos en el lenguaje de la zona. Los vecinos del valle de Nembra y Santianes de Murias definen La Faisanera hoy todavía por la presencia de faisanes en los fayeos del monte que lleva el nombre. Ahora bien, recordando el colorido, plumaje, tamaño, tipo de cresta, cola, costumbres, tipo de canto..., los mismos informantes no podían precisar si eran realmente faisanes. Más bien coincidían en el típico urogallo regional de siempre.

En el caso de El Gatso, El Guetsu, El Gatsón, Los Gatsos..., las referencias son más complejas. En principio, habría que pensar en el urogallo-macho; es evidente. En el uso asturiano, el urogallo sigue siendo el gallo de monte: gatsón del monte, gallu monte... Su poderoso canto, su presencia dominante en todo el cantadero del valle o del bosque, su colorido variado y adaptado a las distintas estaciones del año, sus ritos en la época de celo, su codiciada carne y figura con los objetivos más dispares, hizo del urogallo un mito zoológico de los bosques de Asturias (Alfredo Noval, 1981).

Por esto, parece lo más razonable interpretar estos topónimos como lugares que tradicionalmente van dejando en heredad cada urogalo-macho al más joven que le suceda en fuerza y dominio del cantadero. Por voluntad propia o por la fuerza más imperiosa de la nueva savia, otro pollo joven se puede imponer en la primavera siguiente, a los primeros brotes de las fayas en los hayedos del entorno. El resultado es que una misma campera, el mismo hayedo, la misma faya incluso, son cada año escenario de poderosos gallos inundando con sus cantos el valle entero, a esas misteriosas horas de la madrugada, antes que aparezcan los enemigos con los primeros rayos del alba. El privilegio de la escena tampoco es ya no es patrimonio de los más.

La toponimia conserva en el suelo estos nombres, aunque, efectivamente, hoy ya no resulte fácil actuar como espectadores privilegiados ni del escenario zoológico, ni de la melodía del canto, por ronco, desafinado o seco que resulte según los casos.

En algún caso como La Cotsá los Gatsos, pudiera tratarse simplemente de las crías nuevas de las hembras: la potserá de los nuevos polluelos que nacieron en el verano (entre cuatro y ocho, normalmente). Como son aves nidífugas (huyen del nido al salir del huevo) la potserá se va reduciendo enseguida entre las rigurosas leyes del monte, de modo que pocos pollos llegan a mayores ("munchos nun chegan a télamu").

Pero en época de sobreabundancia de urogallos, la tradición era recorrer los montes en la seronda, para recoger los pitos que se pudiera. De ahí, topónimos paralelos del tipo La Campa la Gatsina, tan frecuentes en asturiano: camperas, mayaos, cerca de los fayeos y fayotales, en los que todos los años por la seronda aparecía alguna gatsina, con los urogallos pollos correspondientes y variados en número y tamaño. Servían igual. No obstante, según otros hablantes, topónimos de este tipo deben el nombre más bien a los pollos de las perdices o perdigones. También pudiera ser. Quedan ahora mitos y leyendas a un lado.

Como no acabaríamos, ni mucho menos, con la compleja y variada fauna ni flora toponímica por los pueblos de Aller, podemos cerrar aquí mismo el mosaico ecológico de los nombres del monte. Dejamos para el montañero, el aficionado o el simple observador, la lectura toponímica de otros muchos puntos del suelo allerano (no demasiado difíciles de interpretar): L'Azorera, El Palombar, Las Robequeras, La Fuente las Robecas, El Monte los So Corcios, Vatse Curuxeo, Los Picos de la Tsiebre, La Pena'l Martón, Renorios, La Canga l'Eila, L'Utrera, La Pena'l Cuirgu, Las Gavilanceras, El Baitsaero l'Oso, La Melera, La Pena la Miel... Todo un zoo abierto, un bosque animado, una melodía de sonidos, cantos, chirridos, chasquidos..., de aquellas otras formas de amanecer.

En fin, el lenguaje toponímico es una forma de lenguaje al lado de otras. Pero es un documento especial, como herramienta imprescindible de trabajo a la hora de reconstruir el entorno ecológico desde los tiempos más remotos (vegetal, alimentario, animal, humano). Las deficiencias y lagunas toponímicas se presentan por el cambio ambiental: en este caso, las palabras del suelo desaparecen también con la memoria del último lugareño, a veces sin dejar huella alguna. Los dos (lenguaje y lugareño) pueden contemplar juntos y para siempre el silencio del secreto.

El estudio científico de este lenguaje toponímico (ayudado de y en colaboración con otros lenguajes: de la Arqueología, de la Historia, de la Medicina, de la Arquitectura...) contribuye, poco a poco, a volver un poco más familiares a todos aquellos habitantes que columbraron primero que nosotros estos mismos montes; trazaron los mismos caminos a media ladera de las montañas; franquearon y flanquearon los mismos bosques en busca de alimentos y maderas para sobrevivir a un medio también hostil; diseñaron, sin saberlo, las típicas cabanas de los puertos y brañas de hoy; rompieron para la cebada, la escanda y el centeno las mismas tierras de labor, hoy pulverizadas bajo el ruido tractor.

Simplemente, fueron sobreviviendo en su entorno. Y para saber de sus gabelas y garúas, nos queda todavía la lectura de esos nombres del suelo, algunos tan arraigados como en estos pueblos y montes de Aller.

-
Referencias bibliográficas:

Agud Querol, M. (1952). "A l b a, topónimo preindoeuropeo". Primer Congreso Internacional del Pirineo. Zaragoza.

Alonso Megido, G.- Lada Tuñón, C. (1991). Toponimia de la parroquia de Serrapio. Conceyu d'Ayer. Toponimia, n? 9. Academia de la Llingua Asturiana.

Benveniste, Émile. (1983). Vocabulario de las instituciones indoeuropeas. Madrid: Taurus.

Concepción Suárez, J. (1990). "El lenguaje toponímico de origen animal (Zootoponimia)". B.I.D.E.A. n? 136 (págs. 751-767).

Dauzat, A.-Rostaing, Ch. (1963). Dictionnaire étymologique des noms de lieux en France. París, VI: Librairie Guénégaud.

Fouché, Pierre. (1945). "A propos de *kal-. Étude de Toponomastique pré-indoeuropeenne". Anales del Instituto de Lingüística, t. III (págs. 57-93). Mendoza.

- Fratila, Vasile y AA.VV. (1948). Dictionarul toponimic al Banatului. Timisoara.
- García Bellido, A. (1986, 9ª ed.). España y los españoles hace dos mil años. (Según la Geografía de Strábon). Madrid: Espasa Calpe.
- González, J.M. (1959). Toponimia de una parroquia asturiana. Oviedo: I.D.E.A.
- González Blanco, A. (1987). Diccionario de toponimia actual de La Rioja. Instituto de Estudios Riojanos. Universidad de Murcia.
- Griera, A. (1950). "Catalán Alba". Estudios dedicados a R. Menéndez Pidal, t. I (págs. 78-83). Madrid.
- Hubschmid, Johannes. (1960). "Lenguas prerromanas indoeuropeas: testimonios románicos". E.L.H., I (págs. 127-149). Madrid.
- León Florido, F. (1987). Signos del ahora. Madrid.
- Noval, Alfredo. (1981). Enciclopedia Temática de Asturias. Zoología: vertebrados. Ediciones Júcar.
- Renfrew, Colin. (1987). Arqueología y lenguaje. La cuestión de los orígenes indoeuropeos. Barcelona: Editorial Crítica.
- Sevilla, Martín. (1980). Toponimia de origen indoeuropeo prelatino en Asturias. Oviedo: I.D.E.A.
- Uría Maqua, J. (1990). "Los primeros dominios señoriales y el Principado de Asturias". Historia de Asturias, nº 25. Oviedo: La Nueva España.
- Villar, F. (1971). Lenguas y pueblos indoeuropeos. Madrid: Itsmo.

Turón. 1991.

Para más información, ver
Diccionario toponímico de la montaña asturiana.
Julio Concepción Suárez